

Que Dios en su bondad es infinito,  
Y que, cual lo atestigua la Escritura,  
Perdona siempre al pecador contrito.

Lleno de fe, de caridad no escaso,  
Mil cosas á Roger el viejo enseña,  
Y hácia su estancia, que en la dura peña  
Abierta está, dirige el lento paso.

Encima de esta habitacion devota  
Una iglesia se nota  
Vuelta hácia Oriente, y, aunque exigua, bella,  
Hasta el mar, al pié della,  
Se extiende un bosque de laureles, mirtos,  
De enebros y fructíferas palmeras,  
Cuyo suelo matiza  
Con sus ondas parleras  
Un rio que del monte se desliza.

El año cuadragésimo corria  
Desde que, solo, en su mansion secreta,  
En el ayuno y la oracion, vivia  
El santo y venerable anacoreta.  
Las frutas del verjel, del arroyuelo  
El agua pura, su vejez, exenta  
De achaque ó de recelo,  
Magüer los lustros diez y seis que cuenta,  
Bastan á sustentar. Dentro á su choza  
El monje, haciendo fuego,  
Cubre su mesa de diversos frutos.  
Roger con gozo allí se acerca luego  
Que ve su ropa y su cabello enjutos,  
Y, escuchando de boca del anciano  
De nuestra Religion el hondo arcano,  
De las manos del mismo  
Al otro dia recibió el bautismo.

En este sitio el paladin se holgaba,  
Que esperanzas le daba  
El viejo cada dia  
De conducirle en breve á do quería.  
Con él á todas horas entretanto

Ya del celeste reino platicaba,  
 Ya de sus propias cosas y aventuras,  
 Ya de hazañas futuras  
 De su gloriosa descendencia. Al santo  
 El Ser supremo revelado habia  
 Que, siete años despues de bautizado,  
 Roger pereceria  
 A manos de un infame maguntino,  
 Que, creyendo vengar de Pinabelo  
 Y Bertolao el trágico destino,  
 Imputado á Roger, como asesino  
 La muerte á este dará, y, á fin que el velo  
 Del silencio por siempre encubra el crimen,  
 Tumba ignorada le dará en su suelo.  
 Buscado así, con diligencia vana,  
 Por largo tiempo y por region distinta  
 Será Roger por su consorte en cinta  
 Y por su fiel y valerosa hermana.  
 Entre Brenta y Adige, y á la falda  
 De la sulfúrea sierra,  
 De cuyos prados tanto  
 Plugo á Antenor la alfombra de esmeralda,  
 Que la trocó gustoso por el Ida,  
 Por el querido Ascanio y por el santo  
 Vendrá, del frigio Alceste no distante,  
 A dar á luz un hijo Bradamante.  
 Creciendo en años, de beldad modelo  
 Y de ánimo, este mozo, apellidado,  
 Cual su padre, Roger, por un partido  
 De troyanos será reconocido,  
 Y, como tal, por príncipe aclamado.  
 Adulto apenas, al francés monarca  
 Dando contra el lombardo útil defensa,  
 Con su título honroso, de una marca  
 Obtendrá el territorio en recompensa.  
 Merced al conferirle tan insigne,  
 En latin Carlos, *Este*,  
 « Sé, » le dirá, « sé dueño de esta tierra. »

Tal la causa será que la designe  
 Con el eterno sobrenombre de Este,  
 Cercenándole así desde este dia  
 Las dos primeras letras del de Alceste.  
 Enterado el Señor tambien habia  
 Al anciano de la áspera venganza  
 Que, mas terrible cuanto mas tardía,  
 Sufrir debe de crimen tan horrendo  
 El despiadado autor. Una mañana  
 En sueño ante los ojos  
 De la esposa el esposo apareciendo,  
 Dirá quien fué su matador, y el sitio  
 Le mostrará do yacen sus despojos.  
 Hacia Poitiers, en su furor aciago,  
 Ella volando con Marfisa, estrago  
 Sembrará, mientra su hijo, apenas mozo,  
 Hará en el de Maguncia igual destrozo.  
 El cenobita, á quien patentes hizo  
 Sus arcanos el cielo,  
 De la historia de Alberto, Acio y Obizo  
 Al caro jóven descorriendo el velo,  
 Le habla de Nicolas, Borso, Leonelo  
 Y de su prole hasta Hércules, Alfonso,  
 Hipólito é Isabel; prudente empero  
 Su labio calla cuanto  
 Cumple ocultar. Con impetu entretanto,  
 Oliveros, Roldan y Brandimarte,  
 Baja la lanza y redoblado el paso,  
 Van á embestir al agareno Marte  
 (Que así puede llamarse el rey Gradaso)  
 Y al altivo Agramante y á Sobrino.  
 Rotas sus lanzas al primer encuentro,  
 Saltan, y zumba en su profundo centro,  
 Llevando á Francia el eco, el mar vecino.  
 Contra el rey Sericano Orlando avanza;  
 Y suspensa quedara la balanza  
 Entre estos dos, á no hallarse el primero  
 Sobre el noble Bayardo caballero.

Al corcel ménos fuerte del de Anglante  
 Con tal furia el del árabe arremete,  
 Que , incierto y vacilante,  
 Lo hace al suelo venir con su jinete.  
 El de Anger con la rienda y con la espuela  
 Tres y mas veces por alzarlo insiste;  
 Y viendo en fin que en vano se desvela,  
 Con Balisarda á su adversario embiste.

Cual él , bravos y fieros  
 Se embisten Agramante y Oliveros.  
 Brandimarte á Sobrino  
 Deja entretanto á pié , bien que yo ignoro  
 Si este accidente insólito al rey moro  
 Por culpa suya ó del corcel le avino.

Brandimarte , mirándolo por tierra ,  
 Allí lo deja , y contra el rey Gradaso ,  
 Que hizo á Orlando sufrir igual fracaso ,  
 Lleno de audacia y de coraje , cierra.  
 Entre Agramante y el marques en tanto  
 Sigue reñida la empezada guerra,  
 Y , sus lanzas saltando hechas astillas ,  
 Desnudan furibundos las cuchillas.

Por Brandimarte Orlando viendo en esto  
 A Gradaso con impetu acosado ,  
 Juzga hallar á este rey poco dispuesto  
 A seguir el combate comenzado.  
 Vuélvese pues , y á pié , con paso presto  
 Hacia el viejo Sobrino , á quien aflige  
 Desgracia igual , airado se dirige.

Cual marinero , al verse sorprendido  
 Por áspera tormenta ,  
 Las velas recogiendo estremecido ,  
 La proa del bajel al mar presenta;  
 Así , bajo el broquel y la celada  
 Sobrino reconociéndose , á la ruina  
 Se opone de la espada  
 Que fabricó la maga Falerina.  
 En manos de un guerrero

De la fuerza de Orlando , Balisarda  
 En dividir no tarda  
 Del broquel de Sobrino el duro acero;  
 Y su hombro hiriendo con violencia ignota ,  
 Rompe la triple chapa de su cota.  
 En vano el moro con constante anhelo ,  
 Defendiéndose , herir quiere al de Anglante ,  
 Cuya piel hizo impenetrable el cielo.

Redobla el golpe el principe pujante,  
 Y á cortar la cabeza se dispone  
 Al viejo rey. Al ver cuan vanamente  
 Broquel y espada á su adversario opone ,  
 Va Sobrino á cejar; mas en la frente  
 Recibe en esto un tajo furibundo ,  
 Que su yelmo quebranta  
 Y que á tierra lo arroja moribundo.

Viendo Orlando que el rey no se levanta ,  
 Muerto lo juzga , y por aquesta parte  
 Terminada por tanto la querella ,  
 Lijero , pues , su huella  
 Tuerce al sitio do sigue Brandimarte  
 Luchando con Gradaso ,  
 Que ventaja le lleva

En armas y en corcel , y en fuerza acaso.  
 De su valor mas de una insigne prueba  
 Da Brandimarte sobre el buen Frontino;  
 É igual la lucha hiciera  
 A ser su arnes , cual el del moro , fino.  
 Mas , cual armado , sirvese á menudo ,  
 Mas bien que de la espada , del escudo.  
 Corcel no existe que mejor comprenda  
 Las órdenes que su amo le transmite  
 Con el pié , con la voz y con la rienda.

Con Agramante horrenda  
 Lucha Oliveros mas allá sostiene ,  
 Y en pujanza y ardor con él compite.  
 Dejando en tierra , como dije , Orlando  
 Al rey Sobrino , hacia Gradaso viene

Por dar auxilio á Brandimarte, cuando  
 Del viejo rey viendo el corcel, que suelto  
 Vaga en el campo, acorre, lo detiene,  
 Y en él saltando rápido y resuelto,  
 La fuerte espada agita con su diestra  
 Y empuña con la izquierda el áurea brida.  
 Gran regocijo al contemplarle muestra  
 Gradaso; por su nombre lo apellida,  
 Y audaz le desafia,  
 Esperando á los dos, y aun al tercero,  
 Hacerles ver la noche á mediodía.  
 Vuélvese, pues, hácia él, y con su acero  
 Le da de punta un golpe que barrena  
 Su escudo y su loriga,  
 Sin que la piel consiga  
 Empero atravesar. Su espada en tanto  
 El conde con tal impetu descarga,  
 Que, infructuoso haciendo todo encanto,  
 Pedazos hace cuanto  
 Toca, peto y brazal, yelmo y adarga,  
 É hiriéndole en los muslos y en el pecho  
 Y en la frente, mal trecho  
 Deja y estupefacto al sarraceno,  
 Que por primera vez des que las ciñe  
 Hoy con su sangre aquellas armas tiñe,  
 Y á quien, desde el almete hasta la silla,  
 Partiera á dar de lleno  
 Del paladin de Anglante la cuchilla.  
 No tanta fe desde hoy tendrá en sus armas  
 El moro, que, sintiendo las ajenas,  
 Disimular apénas  
 Puede su turbacion y sus alarmas.  
 Contra Gradaso ocupa Orlando en esto  
 De Brandimarte el peligroso puesto,  
 Y á este jóven permite  
 Que, entre ambas lides colocado, pueda  
 Dar su apoyo al que mas lo necesite.  
 Volviendo en tanto en sí, la vista tiende

Sobrino en torno suyo; se levanta,  
 Y, bien que en la clavícula y la frente  
 Dolor agudo siente,  
 Con silencioso paso se adelanta  
 Hácia Oliveros, cuya mente, absorta  
 En la lid que trabó con Agramante,  
 No le siente llegar. El viejo astuto  
 De su corcel los corbejones corta.  
 A tierra con el bruto  
 Viene el marques, á quien alzarse veda  
 Su izquierdo pié, que en el estribo queda  
 Bajo el vientre del bruto embarazado.  
 Con nuevo ardor el viejo rey procura  
 En la cabeza herirle; mas en vano  
 Destrozar quiere de Héctor la armadura,  
 Que obra fué del artifice Vulcano.  
 El grave riesgo del marques de Viena  
 Ve Brandimarte, y rápido acomete  
 Al rey Sobrino, y dale en el almete  
 Un golpe que en la arena  
 Vuelve á tenderlo; mas en pié de nuevo  
 Poniéndose el anciano, hácia Oliveros  
 Corre, y con golpes fieros,  
 Ya que la muerte no le dé, prolonga  
 El combate de modo  
 Que impida al buen marques que en pié se ponga.  
 Este, que libres del derecho codo  
 Los movimientos tiene, con su espada  
 Al viejo rey prohíbe  
 En el círculo entrar que ella describe;  
 Y, alejándole, espera  
 Verse bien pronto libre de un contrario  
 Que, herido y débil, respirando apénas,  
 Riega el suelo con sangre de sus venas.  
 Mientras el marques, con insistencia vana,  
 Por alzarse se afana,  
 Con el de Libia topa Brandimarte,  
 Que, montado en Frontino,

Gira veloz de la una á la otra parte.  
Bueno es Frontino y ágil, mas no ménos  
Ágil es y robusto Bridadoro,  
Que, muerto el jefe tártaro, del moro  
Por don del vencedor á manos vino.

Viste Agramante sólida armadura  
Con arte fabricada á toda prueba.  
Brandimarte, en su prisa, á la ventura  
Tomó, sin escogerla, la que lleva,  
Y que poder por otra se figura  
Trocar en breve, bien que roja brecha  
En su espalda derecha  
Del moro rey la espada abrió, y que paso  
Por su flanco encontró la de Gradaso.

Esto, empero, no veda que la suya  
Brandimarte esgrimiendo, al africano  
El escudo destruya,  
Y el brazo izquierdo y la derecha mano  
Hiera tambien; mas, comparada á aquella  
Que sostienen Gradaso y el de Anglante,  
Juego pueril parece esta querella.  
De sus armas Roldan medio desnudo,  
Su yelmo hendido, su celada rota  
Ve, y en tierra su escudo,  
Y partidas las mallas de su cota.  
Invulnerable, empero,  
Su dura piel tan rudo asalto aguanta,  
Y su mano al asiático guerrero  
Hiere en la frente, el pecho y la garganta.

Cuando Gradaso con su sangre nota  
El fúlgido paves amancillado;  
Mientras de la de Orlando ni una gota  
Sobre sus armas ve, desesperado,  
Con ambas manos y con tal fiereza  
La su espada levanta, que cabeza  
Y pecho y vientre al conde  
No duda dividir. A su ansia ardiente  
Durandarte responde,



Combate entre Agramante, Brandimarte y Gradaso. (T. II, p. 377.)

Y con ella en la frente  
Da tal revés al valeroso conde,  
Que hendido hasta la silla  
A todo otro dejara. Sin mancilla  
Y fúlgida, cual ántes  
De descender, rebota la cuchilla;  
Mas por el golpe el príncipe aturdido,  
La vista y el sentido  
Pierde, suelta las riendas; y su espada  
Perdiera, á no llevarla al diestro brazo  
Con sólida cadena sujetada.

Del estruendo también estremecido,  
Prueba el corcel de su presteza dando,  
Surca fugaz la polvorosa arena.  
Turbado su señor no lo refrena,  
Y, en seguirle no tardo,  
Alcanzarle Gradaso consiguiera  
A haber un poco más de su Bayardo  
Estimulado la veloz carrera.

Mas, volviendo los ojos, mira en esto  
El grave riesgo que á Agramante amaga;  
Pues con su izquierda armada de una daga  
Va Brandimarte á dar golpe funesto,  
Después de haberle deslizado el yelmo  
Y arrancádole el hierro de la mano.

De su corcel la brida  
Tuerce hácia allí ligero el Sericano.  
Incauto Brandimarte,  
No recelando que escapar con vida  
Haya dejado á su enemigo Orlando,  
Contra Agramante esgrime el hierro, cuando  
Llega Gradaso, y con violencia fiera  
La espada le descarga en la cimera.

¡Eterno Dios! da puesto entre tus santos  
A tan fiel, á tan bella y jóven alma,  
Que, tras tanta borrasca, y viajes tantos,  
Al seno aporta de perenne calma.  
¡Ah Durandarte! ¿cómo ser pudiste

Al príncipe tu dueño tan impía,  
 Que muerte al jóven diste,  
 De Orlando predilecta compañía?  
 De Durandarte el furibundo tajo  
 El grueso cerco del almete parte,  
 Y la cofia de acero, que debajo  
 Del almete se hallaba. Brandimarte,  
 Su faz tiñendo en pálida azucena,  
 Abandona el arzon, y el suelo empapa  
 Con roja sangre, que por ancha vena  
 A borbotones de su sien se escapa.  
 En si volviendo en esto,  
 Con los ojos Roldan en torno gira,  
 Y el destino funesto  
 Del caro amigo, estupefacto mira.  
 En la actitud del rey Gradaso, presto  
 Conoce al matador, y ardiendo en ira,  
 Por desfogarla olvida su quebranto.  
 Mas tiempo es ya de terminar mi canto.

## CANTO XLII.

Mueren Agramante y Gradaso á manos de Orlando. — Encuéntrase Reinaldo con un monstruo, que le ataca, y con el Desden, que viene á su socorro. — Diríjese á la isla de Lampedusa. — Descripción de un magnífico palacio, cuyo huésped presenta á Reinaldo la copa encantada.

¿Qué lazo habrá, qué freno, qué cadena  
 Forjada, á ser posible, de diamante,  
 Que en sus límites pueda  
 Contener el ardor de un pecho amante,  
 Cuando ve, por violencia ó por engaño.  
 Al caro objeto expuesto á mengua ó daño?  
 Excusa pues, mas bien que vituperio,  
 En tal caso merece el que se entrega  
 Al ímpetu que su alma ofusca y ciega,  
 A la razón privando de su imperio.

Aquiles, cuando bajo ajenas armas  
 Muerto vido á Patroclo ante sus ojos,  
 No se juzgó bastante satisfecho  
 Matando al matador, y en su despecho,  
 Arrastró por el suelo sus despojos.  
 Semejante furor, ¡oh Alfonso invicto!  
 Se apoderó de vuestra altiva gente  
 La pena al ver que, hiriéndoos en la frente,  
 Os puso á ellos y á vos en gran conflicto.  
 Tal su cólera fué, que, sin que foso  
 Ni muralla valiese al enemigo,  
 Dándole justo y ejemplar castigo  
 Un hombre no dejó que hacer notoria  
 Pudiese tu desgracia y vuestra gloria.  
 El miraros en tierra, fué el motivo  
 Que excitó á vuestro pueblo; y ménos vivo  
 Fuera, y no tan funesto  
 El combate quizá, á no ser por esto.  
 Bastábanos ver á Bastia subyugada  
 En ménos horas que pusieron días  
 Para ganarla, impías,  
 Las haces del de Córdoba y Granada.  
 Del cielo esto sin duda fué permiso.  
 Poniéndoos fuera de combate, quiso  
 Vengar de su rigor con todo el peso  
 El deplorable exceso  
 Sobre el fiel Vestidelo cometido,  
 Que fatigado, herido  
 Y sin armas rindiéndose, la muerte  
 Menguado recibió de cien espadas,  
 Mas moras, que de gentes bautizadas.  
 Concluyo pues, y digo  
 Que nada hay mas terrible que la furia  
 De aquel que de su jefe, de su amigo,  
 O de su deudo, presenció la injuria;  
 Nadie habrá pues á quien parezca extraña  
 La inexorable saña  
 Del de Anger, viendo del corcel abajo